

Hugo Bouter

Desde el principio de la creación

Subtitel

«¿No habéis leído que Aquel que los hizo al principio “los hizo varón y hembra (...), y los dos se harán una sola carne”? (...). Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».

«Porque en la resurrección ni se casan ni se dan en casamiento, sino que son como ángeles de Dios en el cielo».

Mateo 19:4-6; 22:30

Oímos todo tipo de voces contradictorias en los medios de comunicación. Por ejemplo, una declaración de los obispos holandeses que afirma que la llamada teoría de género es incompatible con la visión cristiana de la vida humana. No tenemos ninguna necesidad de especular sobre las diversas formas de género, porque Dios hizo a los seres humanos como hombres y mujeres desde el principio. Así de sencillo: el sexo biológico es decisivo. Del mismo modo, hay miembros de la Cámara de Diputados que abogan por incluir el valor de la familia en la Constitución.

Estas son voces realmente alentadoras en la era pos-cristiana en la que vivimos. Sin embargo, también hay personas que abogan por incluir el derecho al aborto en la Constitución. Y hay combinaciones en la fabricación del hombre y la máquina, que probablemente serán precursoras de las dos «bestias» que surgirán del mar y de la tierra, respectivamente, en Apocalipsis 13. No debemos hacernos ilusiones: la gran apostasía se acerca, y nuestra única certeza es la fiable Palabra de Dios. El hombre de pecado, el inicuo, se sentará en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios (2 Ts. 2:3-4). Una trinidad satánica del mal se formará una vez que el Espíritu y la iglesia sean quitados de la tierra.

La nueva creación

Aunque queremos aferrarnos a los valores cristianos en una sociedad apóstata, también tenemos una perspectiva maravillosa ya que pertenecemos a la *nueva creación*, porque es el resultado de la muerte y resurrección de Cristo (2 Co. 5:17; Ap. 21:1-5). La Iglesia glorificada, la esposa del Cordero, descenderá pronto del cielo como la ciudad santa, el nuevo centro gubernamental de Dios y del Cordero (Ap. 19-21). Las primeras cosas habrán pasado por entonces, y las antiguas leyes que gobernaban la tierra ya no se aplicarán.

En la resurrección no habrá casamientos, pero sí participaremos de unas formas de existencia nuevas y eternas: *seremos como los ángeles de Dios en el cielo y no moriremos*. Por lo tanto, nuestros cuerpos mortales deben revestirse de incorrupción para llevar la imagen del Hombre celestial (1 Co. 15). Por ello, esperamos a Cristo como nuestro Salvador que vuelva del cielo, quien transformará nuestro cuerpo humilde para conformarlo a su cuerpo glorioso, según la operación por la cual puede también someter a sí mismo todas las cosas (Fil. 3:20-21). Esto sucederá cuando Cristo venga en gloria y nos introduzca en la casa del Padre. Como embajadores de Dios, le serviremos eternamente e iremos donde Él nos envíe. Él hace nuevas todas las cosas. Apenas podemos imaginar el mundo completamente nuevo en el que entraremos y donde reinaremos con Cristo por los siglos de los siglos (Ap. 22:5). Las limitaciones del espacio y del tiempo ya no serán aplicables.

Bienaventurados los que lavan sus largas vestiduras, para tener derecho al árbol de la vida y entrar por las puertas en la ciudad (Ap. 22:14). Creo que esta promesa se aplica a todos los santos celestiales, incluidos los de la antigua dispensación. Para Jerusalén, aquí en la tierra, también hay muchas promesas de bendición durante el Reino milenarío, cuando el Israel restaurado será ricamente bendecido y una luz para las naciones.